

caban arrastrando y profanando algunas imágenes, que no pudieron recogerse; y volvieron con furioso ímpetu sobre una de las puertas, de suerte que desquiciada, cayó en el suelo, y alentados, procuraban los de atrás empujar á los delanteros, quienes bien quisieran retirarse por el daño que recibían de los soldados, que en la misma puerta con chuzos y alabardas, los embazaban; mas no podían los miserables resistir el impulso de sus compañeros. En este combate, pudo un gandul entrar impelido de los otros, y no siéndole fácil librar de aquel estrecho, la misma vejación le ministró esfuerzo para internarse; y diez soldados, que con Juan Sanchez de Olea guardaban la puerta, no apreciando la entrada de aquel, pusieron su conato en levantarla, á tiempo que Beatriz Hernandez, que cuidadosa del

estruendo y gritería que oía en la puerta que estaba á cargo de su marido, fué para ella, y poniéndose en fuga el gandul para lo interior del fuerte, iba á antecoger á dicha Doña Beatriz, quien afijando el cuerpo sobre el asta de la bayoneta, que llevaba en la siniestra mano, descargó con la diestra con el turquesco tan récio golpe en la cabeza del gandul, que le puso en tierra, y largando la bayoneta le asió de la gajeta, y fijando el pié sobre el indio, á dos golpes le dividió por el cuello, y arrojó la cabeza á los piés de Juan Sanchez de Olea, diciéndole: «ya he suplido vuestro descuido, mirad vos cómo cumplís vuestra obligación.» Si esta hazaña se hubiera hecho á vista del campo de los enemigos, no hay duda que llenos de terror, todos se hubieran puesto en fuga.

CAPITULO XXVII.

Prosigue la materia del pasado; cántase la victoria, y restablece el Consejo y Regimiento el juramento del patronato del arcángel Señor San Miguel.

1. Viendo los indios la repulsa que padecieron, se esforzaron, y pretendieron con palos agudos y gruesos de tepehuaje y encinos, horadar las paredes de adobe, que no les era muy difícil por ser muy deleznable, y no tan fuerte como el con que se fabrica en Guadalajara: la parte por donde lo intentaron fué por los muros, que quedaban atrás de la fachada del fuerte, y por eso eran mas débiles. Hallábase á la sazón el artillero mas diestro, refinando pólvora por haberse reconocido húmeda; mandó Oñate que del otro barril que estaba al sol se armasen los tiros, para ojear el lienzo por donde los indios se empeñaban para internarse, y al cabo de rato, cuando ya estaban casi dentro, y comenzaban á cantar la victoria, acaeció que con la turbación y priesa se pasó la pólvora, que en un comal al fuego se refinaba; de suerte que un jacal ó techo de zacate comenzó á arder, y aunque con presteza se acudió al reparo, no se conseguía, ántes sí la voracidad del fuego levantaba llamas, que al tiempo que á los nuestros daban que hacer, servían de aliento á los contrarios, quienes creían que aquel estrago era efecto de su triunfo, y ocurrieron atropados á la calle por donde supieron estar principiada la brecha. Daba Oñate prisa á Pedro Sanchez, que era un herrero gran fanfarron, que habia ido en el socorro de México, y se tenia por arti-

llero para que diese fuego para despejar la calle; y viendo que tardaba, subió al torreón en persona, á tiempo que el herrero le decia: «señor, héme cortado y no acierto;» entónces Oñate, alzando la visera y apartando á Pedro Sanchez, le dijo: «vuestro rajar y cortar nos ha puesto en términos de que los enemigos nos ganen la casa,» é invocando el nombre de Dios, pegó fuego con tanto acierto, que quedando en la calle muchos indios muertos, los demas se retiraron tan aterrizados, que no volvieron á acometer por aquella parte. Prosiguióse reparando con maderos la brecha y dándoseles batería con los pedreros, que hacían grandes estragos.

2. Pausó un poco el conato y alarido de los indios, los que fatigados se retiraban á las calles á descansar; mas no cesó el llanto de las mujeres y niños, sin que bastasen les órdenes del gobernador para que callasen, porque era darles ánimo á los indios. Decíales esperasen en Dios, en su Madre Santísima y en su patron San Miguel, que presto tendria buen fin el negocio. Andaba Oñate sin parar, reconociendo las puertas y las demas estancias del fuerte; mandó que no disparasen, puesto que habia alguna tregua, aunque no cesaban de llover flechas y piedras que arrojaban desde los patios y casas circunvecinas, con lo que lograban algunos tiros, escondiendo la mano,

y era necesario para andar dentro del fuerte, ir siempre abroquelándose; oíanse voces provocativas, unas en sus nativas lenguas, y otras medio en castellano, que se reducían á que eran unos barbudos, cobardes, llorones, gallinas, que en aquel día habían todos de perecer; repetían las victorias del Mixton, con las que daban en rostro; protestaban que aun cuando no les pudiesen entrar al fuerte, los habían de tener sitiados hasta que muriesen de hambre, y que no esperasen socorro alguno, porque en aquel mismo día estaban sus compañeros sitiados en Compostela, Culiacan y Purificación, y que ya todos los indios estaban unidos y convocados, á fin de que en aquel día pereciesen cuantos castellanos estaban esparcidos por todas partes; que no temían ni á los castellanos de México, ni á los de Alvarado, ni al mundo entero; que solo reservarian á las mujeres para su servicio, y que hasta á los hijos pequeños matarian, para que cuando creciesen no les diesen que hacer.

3. Conociendo Oñate que tanto reposo en los indios era descansar, para con mas fuerza volver á dar guerra, mandó que todos se dispusiesen para vencer ó morir, que la causa era de Dios, pues peleaban para propagar la fé: mandó se formasen tres cuadrillas de á diez hombres, y que saliendo por una puerta, la una diese vuelta al fuerte por la diestra, y otra por la siniestra, y ambas despejando las calles en fuerza de carrera y botes de lanza, sin detenerse volvieran á entrar por la otra puerta, y que la tercera fuese la calle derecha que miraba al Oriente, y sucesivamente en los círculos que formasen, fuesen ganando tierra; y que la infantería fuese al mismo tiempo apoderándose de las boca-calles, reservándose algunos que guarneciesen las puertas y torreones. Oída la resolución por algunos, se pre-

dicó de temeraria y se pretendía embarazar, á que Oñate con sus capitanes, dijo: «ello ha de ser; ábranse las puertas; sígame el que quisiere, y el que no, quédese en el fuerte encorralado, y muera como cobarde;» mandó tocar á embestir, y al ruido de cajas y clarines, se poblaron de indios las calles, y ántes de salir mandó que de los torreones se disparase la artillería, que hizo por la multitud de indios, grande daño: abrióse la puerta, y la infantería con preseteza dió carga cerrada por desembarazar su ámbito; salió el primero Oñate, luego de tres en tres le seguían los de su cuadrilla, y lo mismo hizo el capitán Muncibay, que ocupó con la suya la mano diestra; y Andrés de Villanueva por la otra, y con tanta destreza atropellaban y alanceaban indios, que quedaban las calles llenas de muertos, y tenían á fortuna los indios entrarse en los patios de las casas, y otros se pusieron en fuga; de suerte que la infantería se ocupaba en acabar á los indios que quedaban, ó heridos, ó que habían librado, aunque no pudieron defender á Francisco de Orozco, uno de los mas esforzados soldados que había de los últimos, en la cuadrilla del gobernador, quien al coger la calle de la casa de Juan Sanchez de Olea, en un caño que se formaba de dos vigas, metió una mano el caballo y cayó, y al punto le hicieron pedazos los indios, aprovechándose de los cuchillos adquiridos en las victorias pasadas. El caballo disparó entre los enemigos, que no le pudieron haber á las manos.

4. Mucho tenía que hacer la infantería en las calles de la ciudad, entretanto la caballería, que ya toda estaba unida, destruía el campo de los enemigos en las canales de ella, logrando lo desembarazado por ser la tierra llana, y así andaban por el contorno de la ciudad, cortando las tropas de indios, sin cuyo embargo eran tantos

que parecia que los producía la tierra, y como los nuestros eran pocos, no podían rebatir las olas que hacia la multitud de ellos: ya el aliento faltaba á los nuestros con cuatro horas de continua batalla, sin poder respirar, cuando se pusieron en declarada fuga los indios, con lo que se recobraron y se les siguió el alcance, y engolfados en él, se les ofreció á Cristóbal Romero el que aquella fuga podía ser afectada, pues repugnaba que con tan pocos de á caballo no hiciesen rostro tantos indios, que como partidas de ganado puesto en estampida, se retiraban por quebradas y arroyos. Con este cuidado se volvió para la ciudad por si fuere necesario, á tiempo que vió que un trozo de hasta de dos mil indios, bajaron de una loma alta, y con gran prisa se retiraban para la ciudad, y le pareció gente nueva; vió tambien que algunos pretendían coger el caballo de Francisco Orozco, y entrando primero á la ciudad, dió aviso á la infantería para que hiciese rostro por aquella parte, que era de la que ménos cuidaban, y tambien ordenó al artillero, que ántes que entrasen los indios á las calles les tirase; ejecutóse con acierto, y al mismo tiempo se entró Romero por medio de los enemigos, los que aterrorizados del estrago que hizo en ellos la artillería, volvieron el cuerpo y se pusieron en fuga, y Romero con la lanza hizo hechos increíbles, porque quebrada esta, con solo la asta prosiguió matando indios, sin que le hiciese falta el hierro, y habiéndolos dejado del otro lado de la loma, volvió sobre el caballo de Orozco, el que cogió y lo llevaba de diestro; cuando el tiro último de la artillería habían cesado los de á caballo de perseguir á los enemigos fugitivos, y volvían á la ciudad creyendo hallarse en conficto, pues se había disparado la artillería (de la que no se usó hasta entónces, desde que los nuestros se traba-

ron con los enemigos), y viendo no haber en la ciudad con quien pelear, levantaron la voz celebrando victoria.

5. Entretanto duraba la batalla, las mujeres y niños, con lágrimas y fervor, clamaban al verdadero Dios, respondiendo á coros á las preces que los dos sacerdotes hacían en las letanías, ya de la Virgen, ya de los santos, y especialmente imploraban la protección de San Miguel arcángel, para que les favoreciese en aquel conficto. Mandó el gobernador se tocase á recoger, por reconocer su gente; hallóse que no faltaba si no era Francisco de Orozco, sugeto de gran suerte por su valor, calidad y prendas. Mandó asimismo saliesen los indios amigos que estaban dentro del fuerte, y con los demas soldados fuesen á registrar las casas de la ciudad, y de ellas fueron sacando multitud de indios, que azorados, estaban refugiados, y por ser tantos, se sospechaba que maliciosamente se habían ocultado para algun cauteloso hecho, ó lograr el descuido de los nuestros; mas al ver á unos ciegos, á otros mudos, á muchos paralíticos y á todos asombrados, se indagó la causa, y dijeron los que pudieron, que cuando quemaban la iglesia, salió de ella un hombre á caballo blanco, con una capa encarnada y cruz en la mano izquierda, y otra en el pecho y espada en la derecha, á quien acompañaba mucha gente armada, y que por la novedad que les causó la violencia con que les acometía, no hallaron otro recurso que el de entrarse en aquellas casas, y aun no viéndose seguros, se entraban en los hornos y gallineros, y si les fuera posible, se hubieran sepultado en la tierra, segun el horror que concibieron.

6. Llenos de gozo los castellanos, y de lágrimas de júbilo, al ver alabado y predicado de Todopoderoso á nuestro gran Dios de aquellas gentes, no cesaban de darle

gracias, y aunque los mas fueron de opinion se hiciese justicia de dichos indios, nuestro gobernador los atendió con equidad como reservados, y así, mandó se les cortase, á los que no estaban lisiados, á unos un pié, á otros la mano, á otros las orejas, y las narices á otros, y que curados con aceite, fueran llevados los unos en hombros de los otros, á publicar entre los enemigos las grandezas de nuestro Dios, lo cual en breve se ejecutó, y por muchos años quedaron indios ciegos, mudos y paralíticos, testificando el prodigio, segun refiere el R. P. Fr. Antonio Tello, en su crónica que escribió hasta el año de 1650.

7. Luego trató el gobernador de que se enarbolase el real estandarte, y procesionalmente todos armados, así los infantes como los de á caballo, le llevaron á un altar portátil, que se puso en la puerta de la iglesia, con la efigie del Señor San Miguel, y se solemnizaron las vísperas: ¡con qué ternura! ¡con qué devocion y con cuantas señales de agradecimiento! Toda la infantería formaba un círculo, cuyo medio ocupaban las mujeres y niños: los de á caballo andaban sin cesar corriendo por los arrabales de la ciudad, explorando la tierra: algunos en atalaya ocupaban los torreones, y otros sobre lomas y cerros á caballo, observaban las mayores distancias: y de esta suerese acabadas las vísperas, se publicó bando para que ninguno se quedase fuera del fuerte, al cual se volvieron con presteza, y les mandó el gobernador descansasen unos, entretanto otros ocupaban las estancias del fuerte, torreones y puertas, y distribuyó las rondas de á caballo para fuera de la ciudad en sus cercanías, y les decia: «léjos están las indios y hoy nos han acometido; ménos lejos están y pueden volver sobre nosotros; muchos son los indios muertos, pero todavía pueden ser mas los que

pueden haber llegado á socorrerlos; ahora conviene que en agradecimiento del favor debido á nuestro patron San Miguel, se restablezca el voto que le tenemos hecho, de tenerle por patron perpetuamente.»

8. En cuya conformidad en los libros de cabildo, testifica dicho padre Tello, haber visto un auto con fecha 28 de Setiembre del dicho año de 541, en el que dicho gobernador Cristóbal de Oñate, los alcaldes, regidores y demas capitanes y soldados, vecinos de aquella ciudad de Guadalajara en presencia del Br. D. Bartolomé de Estrada, su cura vicario; y de su compañero Alonso Martin, juraron é hicieron voto de tener al glorioso San Miguel por patron, y erigirle particular capilla, y sacar cada año, en su dia el real estandarte por las calles públicas, en memoria de tan gran victoria: todos lo juraron así, diciendo amén: y el dia siguiente renovaron dicho voto, acabada la misa mayor, lo cual se certificó por Diego Hurtado de Mendoza, escribano público y de cabildo. Tratóse aquella noche entre los soldados, por modo de conversacion si le pertenecia á Cristóbal Romero el caballo que de entre los enemigos sacó, y habia sido de Francisco de Orozco: unos eran de parecer se vendiese, para que se hiciese bien por su alma: otros se lo adjudicaban á Romero como lo habia quitado á los enemigos; pero el gobernador llamó á Diego de Orozco, que era infante y hermano del difunto, (quien tenia la voz afeminada lo mismo que el rostro) y le dió el caballo y armas de su hermano, y la encomienda de sus pueblos que eran los de Mezquituta y Moyagua, diciéndole que esperaba imitase á su hermano en su valor y esfuerzo; así lo prometió [aunque sonrojado] diciendo, que el cuerpo era pequeño, pero que el corazon que lo mandaba era grande, para servir á Dios y

al rey; y así lo mostró en todas las ocasiones que se ofrecieron.

9. Salieron aquella noche de dos en dos varios centinelas de á caballo, é inadvertidamente uno de los infantes disparó una arma del fuerte, cuya bala dió en la frente á un fulano Vendesur, que andaba fuera haciendo su cuarto: tocóse al arma, creyéndose algun asalto, pero luego se supo el acaecimiento, y aunque el gobernador averiguó quién fué el que disparó el arma, al mismo tiempo quedó cerciorado de no haber sido hecho malicioso, y por aquietar á la mujer del muerto, que pedia justicia, dió orden á los que lo supieron para lo callasen, y se procuró consolar á la viuda, y el dia siguiente se sepultó el cuerpo, juntamente con el de Francisco de Orozco. Luego que amaneció, trataron de solemnizar el dia de San Miguel: volvióse á poner en un altar portátil, y salieron los infantes y caballería acompañando el real estandarte, y dando vuelta por las calles,

se volvió á fijar en dicho altar, y acabada la misa, del mismo modo volvieron al fuerte; y sobre la puerta principal, se colocó dicho estandarte: luego, de órden del gobernador, con los indios amigos salieron algunos soldados, á recoger los cuerpos muertos que ocupaban las calles; y arrastrándoles, arrojaron unos por las barrancas, y para otros se hicieron profundas cavas; y bien fué menester trabajar todo el dia en esta diligencia, porque era tanta la multitud de muertos, que se hizo juicio llegarían á quince mil, con los que dejaron á distancia de media legua, cuya osamenta por muchos años sirvió de terror á los indios, y se ponderó, que por la parte que Cristóbal Romero anduvo, solo se hallaron cien indios muertos, á impulso de su brazo, pues no hubo otro soldado que anduviese por aquella parte (salvo el estrago que pudo hacer el pedrero que dicho Romero mandó se disparase).